



A principio de siglo, las señoras intrépidas y decididas a todo, suben a los primeros automóviles, provistas de gafas, forradas de pieles y envueltas en velos.

He leído recientemente una novela escrita en 1908, cuya heroína, al regresar de sus excursiones, maravillada de su audacia, aturdida por la velocidad, dice a sus amigas: *Machère, nous avons fait du 20 a l'heure! C'est fou!*

* * *

El perfeccionamiento de los vehículos, la comodidad y la rapidez han restado no pocos encantos al viaje. Merimée y Teófilo Gauthier no hubieran escrito tanto sobre España, de haber empleado el sudexpreso o el avión. Se viaja hoy día de una manera demasiado fácil y muelle. En todas partes del mundo nos espera el mismo hotel, la misma sonrisa solícita del portero, la misma habitación impersonal. Todo está organizado, previsto. Viajar, no es siquiera caro. Hay, incluso, quien viaja durante varios meses por ahorrar. «Me voy a Egipto—decía una dama francesa—. Un crucero me cuesta más barato que dos meses en París.»

La misma vuelta al mundo sólo constituye hoy una larga y grata excursión. Paul Morand expresa esa facilidad, tal vez excesiva, de abarcarlo todo, en el título de su libro: *Rien que la terre*. Nada más que la tierra..., que equivale a decir: «¿Esto es todo? ¿No hay otras rutas fuera de este planeta pequeño, limitado?» Al turista que ha dado la vuelta al mundo, le queda, pues, cierta tristeza. Es el hombre sin curiosidad, sin meta, a quien ya no queda nada por conocer.

* * *

Tal vez el mejor momento de un viaje sea el de prepararlo. Ningún cielo es tan absolutamente azul como el de los carteles de Cook. Pero también vale la pena de irse por el encanto de volver. ¡Volver! Es decir, reanudar la vida normal, apreciándola más que nunca. Poder recordar en una buena butaca, al amor de la lumbre, la emoción intensa, el incidente cómico, la visión deslumbradora... Todo viaje se embellece a través del recuerdo. Con deleite, recordamos el jardín fragante, la ciudad arcaica, los encantos de la travesía, mien-

tras que pasa a segundo término y acaba por esfumarse todo contratiempo: la maleta robada, la impertinencia del aduanero, el excesivo cansancio de una jornada, el tren perdido...

Olvidamos, incluso, las sorpresas que a veces reservan los lugares «oficialmente cálidos». Mi primera semana en Mallorca, por ejemplo, fué lluviosa y destemplada. Los naturales, del país experimentan en tales ocasiones un azoramiento análogo al que nos produce la plancha cometida por una persona de nuestra familia. «Los más ancianos del país—me aseguraban con insistencia, como disculpándose—, no recuerdan un frío semejante.»

* * *

Se viaja por muchos motivos: por esconder un gran amor, o por huir de un gran dolor. Hay el viaje de novios, que, a mi juicio, no suele hacerse en momento oportuno. Debiera realizarse más tarde, al surgir la primera nube en el horizonte conyugal, cuando ya los interesados no se bastan uno al otro. Hay también el viaje «para olvidar». Es el que imponen los padres sensatos a la jovencita enamorada, cuando pretenden truncar el idilio que no les conviene. «Un viajecito... y olvidará.»

Y el viaje que se hace demasiado tarde. «Siempre soñé—me decía una mujer llena de ingenio—ir a Venecia con un amante. No he ido hasta los sesenta años... con mi dondella.»

* * *

Sería injusto no hablar ahora de los viajes más frecuentes y dignos de admiración: Los que realizan, incansables y dinámicas, las viejas inglesas. Provistas de *kodak* y el *Baedeker*, con los mismos zapatos, la misma sonrisa y la misma exclamación ponderativa, constituyen una secta errante. Son las mismas por doquier: en la plaza de San Marcos, entre los callejones de Toledo, ante los frisos del Partenón o la mezquita árabe. Son las viajeras más «puras», las que verdaderamente viajan por «recreo», las que mejor se enteran de todo, las que se extasían ante el monumento célebre, sin necesidad de verlo reflejado en unos ojos queridos. Y es que para apreciar el estilo de la columna y los relieves del capitel, para apreciar la escuela de determinado pintor, los siglos de una catedral, para escuchar las explicaciones del inevitable cicerone, tal vez sea preciso no sentir la emoción de una gran felicidad ni el lastre de una gran pena.

* * *

Por el placer de partir o el de tornar, para amar o para olvidar, por renovar nuestras ideas y enriquecer nuestra cultura, viajemos, cuando el arco iris de una paz triunfal resplandezca sobre España. Empecemos por conocer detenidamente nuestro propio país. Que nadie acuda con frecuencia a París y a Londres sin conocer de antemano Galicia, las Baleares y tantas otras regiones maravillosas.

En ese futuro inmediato, los turistas, más que nunca, acudirán en tropel a nuestra Patria. España ha de ofrecerles, junto a la belleza de sus monumentos y el orgullo de sus ruinas, la emoción de sus laureles frescos y de sus gestas renovadas.

